

III.

José de Rosas se había creído mucho más dueño de sí mismo de lo que era en realidad.

Aquel hombre enérgico, templado como una hoja de finísimo acero, creyó que la ausencia le haría olvidar á Mariana, ó que por lo menos le daría fuerzas para resistirse contra ella. Lejos de esto, regresaba más enamorado que nunca, más herido en el corazón, más atormentado continuamente por la imagen turbadora de aquella mujer hermosa. Había llevado á Londres, como á todas partes, la sonrisa enigmática, el brillo extraño de los garzos ojos de aquella mujer, cuya aparición se le presentaba sin cesar, eternamente, en la cama, en la mesa, en la calle, á todas horas, como un fantasma.

El fantasma de un ser viviente cuyo beso le quemaba aún en los labios como si al dárselo le hubiesen aplicado un ascua ardiendo. Un fantasma que, después de todo, podía estrechar entre sus brazos y llevárselo consigo á todas partes. Todas las virginidades de sensación, de aquel hombre acostumbrado á la vida agitada del viaje-

ro, del sabio y del explorador, dirigíanse hacia Mariana, como hacia una esperanza de carne y hueso, como hacia una quimera palpitante.

José comprendía que si regresaba á París no tendría más remedio que entregar su vida á aquella mujer. Y regresaba, sin embargo. Y á pesar de las batallas sostenidas consigo mismo, su primera visita era para el tugurio donde sabía que habría de hallar la pista de Mariana. Iba á ella como á un abismo; y, violentamente enamorado, á pesar de su frío aspecto de castellano antiguo, no quería ya reflexionar ni resistir. La misma sensación deliciosa recordaba haber experimentado al sentirse arrastrar por la corriente de un río desconocido y peligroso en sus viajes de exploración.

Claro está que se hubiese quedado estupefacto al encontrar instalada á Mariana en un elegante hotel. Ella había pensado que se lo diría más adelante, cuando se volviesen á ver, dándole el carácter de una fantasía; diciéndole que al saber que se alquilaba el hotel de la señorita Vanda había tenido el capricho de dormir en la cama de una entretenida. « Le diré, pensaba, que este lujo pasajero me recuerda mis antiguas locuras del tiempo en que le hacía creer que estaba malgastando la herencia de mi abuela..... »

Y en efecto, le había engañado ya otras veces; en realidad, el dinero que gastaba entonces procedía de Lissac; pero para Rosas era necesario entonces ya—porque el Duque fué siempre una esperanza para ella—ocultar su procedencia. Conocía demasiado á José, y no ignoraba que era suspicaz y celoso. Por eso inventó lo de la herencia de su abuela, que no había existido jamás.

Pero pronto comprendió Mariana que el cuadro en que le convenía presentarse para que el Duque la amara, no era ni la alcoba ni el tocador de Vanda. ¿Qué diferencia hubiese hallado entonces Rosas, entre ella y esas mujeres á la moda con quienes había tenido amores pasajeros y á quienes había enriquecido á cambio de sus favores? No era posible que creyese en esa nueva mentira.

Aquel lujo podría embriagar á Sulpicio Vaudrey, pero habría desilusionado á José. Lo que era apetitoso para el lugareño enriquecido, daría náuseas al gran señor, acostumbrado á todas esas cosas.

Tan pronto como vió que Rosas se presentaba tan enamorado y rendido como siempre, Mariana formó en un momento su plan de campaña. No quería recibirlo en el hotelito á la moda, las alfombras del cual habían pisado en tiempo de Vanda todos los hombres de los círculos elegantes

de París. Le dijo que puesto que quería volver á verla, fuese á visitarla á *su casa*; sí, á su verdadera casa, á aquel piso ignorado de la calle Cuvier, lejos del ruido de París, cerca del Jardín de Plantas, especie de celda perdida, donde nadie más que ella había puesto los pies desde que la tenía alquilada.

—¡Nadie más que yo!—decía Mariana.

A su tío Simón le fué dada la correspondiente consigna: si Rosas se presentaba en el estudio, Kayser enviaría inmediatamente recado á su sobrina, cuidando en tanto que José no averiguase dónde vivía Mariana en la actualidad. Y así fué hecho.

El Duque no fué, pues, más que á la calle Cuvier cuando quiso ver á la señorita de Kayser, después de haberla encontrado en casa de su tío.

Experimentaba cierta gratitud hacia aquella criatura que de esa suerte le descubría el secreto de su alma, diciéndole que allí iba ella, muerta en vida, amortajada en sus recuerdos, á pasar las horas pensando en los años de atrás, en lo que había sido y en lo que había podido ser.....

Mariana no se equivocó. El misterio daba al alma poética del Duque nuevas sensaciones de seducción. La primera vez que penetró en aquella

casita donde lo esperaba la sobrina de Simón Kayser, habíase sentido tan emocionado como si hubiese entrado en el cuarto virginal de una niña. Aquello era el tranquilo retiro de un alma herida por los desengaños de la vida, hambrienta de soledad, que pasaba allí el tiempo entre algunos libros predilectos; la modesta casita de una institutriz pobre que á fuerza de trabajo había reunido algunos muebles de buen gusto. Rosas sentíase allí rodeado de una honradez profunda, en medio de los despojos de un más feliz pasado. De aquel modo Mariana se exhibía tal como él se la imaginaba: superior á su suerte adversa, haciendo una vida intelectual, consolándose de los deberes de la existencia y de los horrores de la vida con los sueños de los poetas, después de haberse hecho ella misma, en medio de París, una especie de Tebaida, donde se sentía dueña de sí misma, sin máscara, sin falsas sonrisas, sin la hipocresía de aparecer alegre estando triste. ¡Y estaba triste tan á menudo!

Había dicho á Rosas el nombre supuesto con el cual vivía en aquella casa algunas temporadas:

—¡La señorita Robert!

El Duque pareció extrañarlo.

—Sí; no quiero que aquí conozcan nada de mí,

ni siquiera cómo me llamo. Debéis comprender la necesidad de reposo y de olvido que experimentan ciertas almas. Hubo un rey vuestro que se acostaba en su ataúd, ¿no es cierto? Pues bien, yo le envidiaba; y cuando echo el cerrojo, después de entrar en mi cuartito de la calle Cuvier, experimento estremecimientos de voluptuosidad, como si sintiera latir mi corazón dentro de un ataúd. No se lo digáis á nadie, porque todos querrían saber y ver. ¡La gente es tan curiosa! ¡Y tan estúpida!

Mariana parecía á Rosas cada vez más extraña y cada vez más seductora. Todo aquel romanticismo de que se rodeaba, á pesar de ser tan burdo, la engrandecía á los ojos del Duque. En aquella casa donde no era más que la señorita Robert, convertíase para él en una mujer cien veces más encantadora y atractiva como un problema; una esfinge parisiense.

No era su querida. La amaba demasiado y con demasiado respeto, para poseerla como á otra mujer cualquiera; y Mariana, muy hábil, no se arriesgaba á la más ligera imprudencia, porque sabía que si se entregaba demasiado pronto, no sería una mujer que cayese en brazos del Duque, sino un ídolo que se derrumbara de su pedestal.

Allí, en medio del silencio de una casita retirada, tenían largas conversaciones, en las cuales Rosas se entregaba cada vez más, y ella estudiaba el carácter de aquel hombre, tan diferente de los otros conocidos hasta entonces, que no la habían pedido más que el goce de placeres, y acababa por amarle, precisamente al ver el instintivo respeto que él le tenía.

No estaba acostumbrada á esas cosas. Cada mirada masculina que había visto fijarse en ella desde su pubertad, la había dicho antes de que se lo dijeran los labios: «¡Eres hermosa! ¡Me gustas! ¿Quieres tú?» Rosas, por el contrario, la decía «¡Te amo!» antes de decirle «¡Te deseo!»

Manchada en su carne que había dado, ofrecido, entregado, vendido, sentíase ahora respetada hasta en esa carne, y aun pareciéndole tonto, lo encontraba superior á los demás, al menos diferente, y aquello era bastante para amarle.

Un día le dijo con tono extraño, con una sonrisa expresiva:

—¿Sabéis una cosa, mi querido José, en la cual no hubiera creído? ¡Que sois tímido!

Él se puso ligeramente pálido.

—El amor sincero es siempre tímido y torpe. En eso precisamente se le conoce.

—¡Tal vez!—contestó Mariana.

Sus conversaciones, sin embargo, eran siempre coloquios amorosos, porque Rosas la hablaba de su amor ó de sus recuerdos.

Ella le preguntó una vez si despreciaría á la mujer que se hiciese su querida.

—No—dijo él sonriendo.—Solamente los franceses desprecian á la mujer que se les entrega. Los demás pueblos tratan al amor más seriamente y no consideran que entregarse por amor, es una caída.

Mariana lo miraba frente á frente de un modo extraño.

—¿De modo que si os amase bastante para ser vuestra querida?.....

—Os estimaría tanto como ahora; lo necesario para ser vuestro marido.

Mariana sintió que cambiaba de color. ¿Sería un ardid de Rosas? ¿Por qué le hablaba de aquel modo? ¿Habría reflexionado sobre lo que acababa de decirle?

José continuó con tono suave:

—¿Me permitís una pregunta, Mariana?

—Podéis preguntarme lo que queráis. A todo os contestaré con el corazón en la mano.

—¿Qué iba á hacer el señor Sulpicio Vaudrey el otro día en casa de vuestro tío? ¿Iba á veros?

Mariana sonrió.

—El Ministro fué simplemente á hablar de asuntos de interés. No lo veo más que para cosas de mi tío Simón, que anda gestionando ciertos trabajos, según vos mismo pudisteis oír.

—¿Os hace la corte el señor Vaudrey?

—Claro está. ¡Oh! pura galantería francesa. Cuestión de costumbre. Está enamorado de su mujer y sabe que yo no quiero á nadie.

—¿A nadie?—preguntó Rosas.

—No quiero todavía á nadie—repitió Mariana abriendo mucho los ojos y contestando á la apasionada mirada del español.

Desde aquel día su espíritu se vió poseído de una idea fija, constante y violenta. Cuando Rosas se le presentó de regreso de Londres, no había visto en él más que un amante posible, rico y guapo. De querida de un Ministro, se convertiría en querida de un Duque. Un Duque millonario. Ganaba en el cambio, suponiendo que no pudiese conservar los dos. Su cálculo estaba bien hecho. Lo que quería era hacer que Rosas pagase más cara la resistencia que tuviese que vencer.

Pero he aquí que bruscamente, sin que ella lo pensara, con la imprudencia de quien descubriese su pecho ante el florete de un espadachín, el Du-

que dejaba ver, con una palabra que la turbaba y la producía fiebre, toda la violencia de su pasión.

¡Su querida! ¿Y por qué su querida, puesto que había dejado comprender que tal vez?.....

—¡Qué imbécil soy!—se dijo Mariana—¡Si trabajase para casarme!

Ella se encogió de hombros.

—No es eso más difícil que lo otro.

¡Casada! ¡Duquesa! ¡Y Duquesa de Rosas! Al principio se echó á reír. ¡Duquesa! ¡Como quien no dice nada! ¡La querida de Pedro Merán, el pintorcillo que la había robado de casa de su tío para abandonarla luego en mitad del arroyo cuando se hartó de ella! ¡Duquesa!

—¡Qué cosa más extraña sería tener hijos!—pensaba.

Jamás Vaudrey, á quién vió aquella noche en la calle de Prony, le había parecido tan lugareño y tan *Sulpicio*, como ella decía. Además, Vaudrey estaba inquieto, malhumorado, y acabó por confesar á Mariana que estaba apurado por el vencimiento de aquél pagaré..... ya ella sabía.....

—No, no sé.

—El pagaré que firmé á Gochard.

—¡Ah, sí! Pues, hijo, si no puedes pagarlo, yo veré, procuraré.....

No tenía que procurar. Evidentemente Vaudrey saldría del paso. Pero el vencimiento venía en mala ocasión. No se atrevía á hipotecar su finca de San Lorenzo. Había reflexionado que Adriana podría enterarse, y entonces.....

Mariana interrumpió sus confidencias.

—No me hables de dinero; sabes, hijo, que eso me disgusta.....

—Comprendo..... perdona.

Debían verse el día siguiente, porque empezaban las vacaciones parlamentarias.

—¡Qué alegría! ¡No separarme de tí en todo el día!—exclamaba Vaudrey.

—¡Bueno; hasta mañana!

Experimentaba un goce profundo al verse sola, entre las sábanas, bajo la tenue claridad que se desprendía de aquella lámpara que de ordinario alumbraba sus amores con Sulpicio, para pensar libremente en aquel Grande de España que le había dicho sencillamente, con el tono del más apasionado amor: «Os estimaría lo bastante para haceros mi esposa.»

Toda la noche estuvo pensando en lo mismo.

Vaudrey, en cambio de la alegría que experimentaba con la perspectiva de largas visitas á su querida, se apuraba recordando la fecha de aquel

malhadado vencimiento, en que le sería necesario pagar los cien mil francos firmados al acreedor de Mariana.

—¡Cómo pasa el tiempo!

Adriana, á la hora del almuerzo al día siguiente, halló á su marido más preocupado que de costumbre.

—¿Va mal la política?

—No..... al contrario.....

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—¡Un poco fatigado!

—Entonces—dijo la señora de Vaudrey—vas á regañarme.

—¿Por qué?

—He dado esperanzas á la señora de Gerson..... ya sabes, la amiga de la de Marsy..... le he prometido casi, que aceptarías una invitación para su casa. ¡Una comida!

Vaudrey se puso de mal humor.

¡Otra noche ocupada! ¡Más horas arrebatadas al amor de Mariana!

—¿He hecho mal?—preguntó Adriana, colocando la cabeza sobre el pecho de su marido.—¡Es que siento yo un placer tan grande en pasar toda una noche contigo, aunque sea fuera de nuestra casa! ¡Tienes tantas recepciones y banquetes oficiales á donde vas solo! ¡Cuando convidan al Mi-

nistro con su señora, es un día de fiesta para tu pobre mujer abandonada! ¡No te tengo á mi lado, pero puedo mirarte, te veo y estoy satisfecha! No me regañes por haber dicho que iríamos á casa de los de Gerson. ¡Son gentes muy agradables! ¡Ah! ¡Cómo hablan de tí! ¡Un gran Ministro! ¿Sabes cómo te llaman? ¡Un Colbert!

Vaudrey no pudo evitar la risa.

—¡Ah! pues entonces, si hacen esos elogios de mí, no puedo desairar el convite.

Dió un beso á su mujer en la frente y dijo sonriendo:

—¿Y cuándo comemos en casa de los de Gerson?

—El lunes que viene. Así al menos podré estar viéndote toda la noche —dijo Adriana dulcemente.

El Ministro se fué á su despacho. Un portero le pasó una tarjeta, que decía: *Molina, banquero.*

—¡Qué visita más rara!—pensó Vaudrey. Hace poco me estaba acordando de él.

Entre las reflexiones desagradables que se le habían ocurrido á propósito del pagaré firmado á Gochard, Vaudrey se acordaba con persistencia singular de aquel hombre gordo, omnipotente, que reía, que peroraba en todas partes, y al cual recordaba especialmente del saloncillo de bailarinas de la Opera tomándole la barba á María Launal.

¡Si quisiera Molina, Molina para quien cien mil francos eran una bagatela!

Salomón Molina entró en el despacho del Ministro como entraba en el escenario de la Opera, con la cabeza erguida y con el vientre sacado.

—Señor Ministro--dijo en voz alta arrellanándose en la butaca que le había señalado Vaudrey—os prevengo que tenéis las virginidades de mis gestiones de pretendiente.... ¡Siempre es una virginidad! ¡Palabra de honor que es ésta la primera vez que pongo los pies en un Ministerio!....

Ponía empeño en afirmar su independecia, nacida de su poder colosal, y al hacerlo, no disimulaba cierta afectación de satisfecho y de personaje improvisado. El antiguo comerciante marsellés, de ropa usada, que había pasado su juventud cogiendo del brazo á los marineros transeuntes, para meterlos poco menos que á la fuerza, en su tenducho y ponerles un pantalón usado, una chaqueta procedente de una casa de préstamos ó una gorra de munición, como hacen las mujeres de los puestos del mercado para ganarse parroquianos; Salomón Molina, que había paseado por los muelles de Marsella su gula y sus esperanzas, soñando allá en un rincón de su inmunda tiendecilla con los triunfos, las alegrías, las crápulas y las indiges-

tiones que da el dinero, había conservado siempre un odio terrible á los días de apuro, de pobreza y de miseria, y llevaba marcada en sus labios de judío la amargura de sus recuerdos.

Su primera palabra al entrar en el despacho del Ministro, aquella protesta de *virginidad* respecto á pretensiones, delataba sus rencores.

Ahora, victorioso, triunfante, satisfecho, poderoso, hinchado, obeso, paseaba por París su corpulencia enorme, sus carnes y su dinero. Llenaba con su vientre colosal los antepechos de los palcos mejores en el teatro. Lucía su figura gigantesca en el elegante carruaje, que en días de carreras de caballos lo depositaba al pie de la tribuna ó á la puerta del recinto de *pesaje*. Tenía como cogido por el cuello todo cuanto en París bulle y se agita en torno del dinero, de las repletas talegas, de las emisiones y de los negocios que se hacen con la fortuna pública: banqueros, contratistas, agentes y corredores de negocios, redactores de Hacienda de los principales periódicos financieros, políticos y de *chantàge* (1), peleles á caza de un duro, polí-

(1) La palabra es de tan dificultosa versión al castellano, y por otra parte ha tomado de tal suerte carta de naturaleza en nuestro idioma, que hemos resuelto dejarla tal y como la emplea Claretie. — (Nota del traductor.)

ticos en mal estado de fortuna, y distribuía entre toda esa gentecilla, como las migajas de su mesa, los restos de sus banquetes, proporcionándose el pequeño placer, el goce insolente, propio de los que improvisan una posición, de fingir, por ejemplo, en los momentos de una emisión de papel, indisposiciones que no existían, para poder quedarse en su cuarto y oír llamar á la puerta de su hotel á personas que llevaban apellidos ilustres ó distinguidos, y hacer que hicieran antesala esperándolo á él, al antiguo ropavejero de Marsella, multitud de hombres poderosos y afamados.

Entonces saboreaba el deleite de su omnipotencia, ese goce que le estremecía de placer hasta la médula de los huesos, y después de haber permanecido todo el día con jaquecas fingidas, se daba el placer inaudito de la fuerza humillando al talento, del puñetazo destruyendo á una debilidad, y se presentaba de frac y corbata blanca en un salón, en el escenario de un teatro donde hubiese estreno, con la sonrisa del victorioso en los labios y diciendo:

— ¡He estado malo hoy!..... He tenido una jaqueca espantosa! ¡El Ministro de Hacienda ha ido á verme!..... ¡El Barón Nathan ha estado en casa á preguntar cómo seguía!

De todos los goces que aquel hombre había experimentado, no eran los mayores el de las virginidades femeninas, compradas á veces á peso de oro, sino el de las virginidades del alma de hombres honrados y virtuosos, que de vez en cuando conseguía ver humillados ante él, y abofetearlos con su ironía, cuando la miseria lo ponía en condiciones de mandar en aquellos puritanos que habían pasado algunas veces con la cabeza alta y el ademán despreciativo por delante de aquel hombre de dinero. Entonces el antiguo ropavejero tomaba su sabroso desquite. No había que esperar merced de aquel charlatán sempiterno, que por lo demás era un buen muchacho. Sus dedazos gordos estrujaban con más fuerza que las manos flacas de un usurero vulgar. Molina no perdonaba.

¡Ah! ¡Cuando él iba á ver al Ministro, evidentemente tenía algo que pedirle!

Pero ¿el qué?

Cosa extraordinaria: delante de Vaudrey, Molina, que estaba acostumbrado á dominar á muchas gentes, se sentía poco satisfecho y poco poderoso. Había en la mirada franca de aquel *bestia*, como Molina le había llamado una noche hablando de política con unos amigos, una honradez tan grande, que el banquero, acostumbrado á los pillos y á los

vividores, no sabía cómo abordar el asunto. Se trataba, sin embargo, de un gran negocio.

—¡Una prima magnífica!—pensaba Molina.

Un negocio de ferrocarriles. Una concesión que era necesario obtener. Una cuestión de interés privado, disimulada bajo la pomposa frase del interés nacional, de las necesidades públicas. Molina se había encargado de sondear al Presidente del Consejo de Ministros y al Ministro de Obras públicas: dos hombres honrados. El *timo*, como decía el agiotista, era hacer que se tragasen la píldora sin conocerlo y creyendo que lo hacían por patriotismo. Ferrocarril estratégico; medio de locomoción rápida en caso de tener que movilizar las tropas. Con palabras retumbantes, como *estrategia*, *fronteras*, *seguridad*, se conseguirían muchas cosas.

Por desgracia, Vaudrey era muy meticuloso en asuntos de esa naturaleza, y además tenía noticias del negocio. Mientras Molina hablaba sentíase estremecido. Un momento antes, al ver la tarjeta, había concebido como una esperanza remota de que obtendría dinero, una de las encarnaciones del cual, era aquel hombre grosero. ¡Quién sabe! ¡Tal vez con la ayuda de Molina podría salir del compromiso que representaba el pagaré firmado á Gochard!..... Pero desde que el Ministro insinuó la

primera indicación, y aunque el banquero, intimidado por la mirada de Vaudrey, no supiese cómo plantear el negocio, Sulpicio adivinó condiciones repugnantes en las palabras vacilantes del agiotista.

¡Cómo! ¿Molina vacilaba? ¿No sabía, como de costumbre, irse derecho al bulto? No. La actitud voluntariamente fría del Ministro lo tenía fuera de su centro. La mirada de Vaudrey no se apartaba de sus ojos. Cuando el negociante pronunció la palabra *Bolsa*, una sonrisa desdeñosa asomó á los labios de Sulpicio. Pero no contestó ni una sola palabra. Molina oía sonar su propia voz en medio del silencio profundo que reinaba en aquel gran salón, convertido en despacho ministerial, y no daba pie con bola, como se dice vulgarmente. Había deseado proponer una combinación, sin dudar que Vaudrey se dejaría engañar; y ahora resultaba que aquel Ministro endiablado hacía como que no comprendía, acaso por no comprender, y quizás por comprender demasiado. ¡Ah! Molina no estaba acostumbrado á esas torpezas. Había puesto con su grosera mano en las manos de Senadores y de Ministros del antiguo régimen más de una cantidad, cuyo único recibo era una sonrisa de inteligencia, y tenía el hábito de esas conversaciones á

medias palabras, que entre gentes de cierta clase acababan con un apretón de manos en el que quedan algunos pedazos de papel: billetes de Banco ó acciones de tal ó cual empresa. ¡Y el dichoso Vaudrey no comprendía! Y le exigía que se explicase claramente, que pusiera brutalmente los puntos sobre las íes, exponiéndolo á dar motivo para que lo echase á la calle.

Molina era demasiado experto para correr ese riesgo. Puesto que el Ministro se hacía el sordo, volvería en otra ocasión. Pero ello es que el pobre hombre sudaba la gota gorda, buscando circunloquios que no acudían á sus labios, porque estaba acostumbrado á llamar á las cosas por su verdadero nombre.

¡Habrás visto! ¡un abogadillo de Grenoble poniendo en aprieto á Salomón Molina!

—¡Tengo calor!—se decía el agiotista al salir de su despacho.— ¡Pero, por vida del diablo, que tendré mi desquite! ¡Andá, que no has de ser siempre Ministro, y tú me pagarás este pícaro cuarto de hora!

Vaudrey lo había comprendido todo perfectamente, pero no había querido que se le conociese. De ese modo, la cosa era menos molesta, porque no se veía en la necesidad de echar á la calle al compra-